

Quincenas musicales

Smetana

Se lee con interés el libro que el musicógrafo Ritter ha dedicado recientemente al compositor bohemo de este apellido, con interés y melancolía honda, porque en él se analiza la obra y se cuenta al mundo entero de un gran artista, que como otros, vivió entre los suyos, y los suyos no le conocieron. Su misión fue revelar, ó hacer recordar á los suyos, que en su obra latía el alma y el ser y sentir de la patria, y á esto se debe que la lectura del libro produzca honda melancolía y entristeza.

El nombre de Smetana—dice su biógrafo—señala el minuto preciso en que uno de los pueblos más musicales del mundo tiene conciencia de su ser y sentir y de expresarlo en música. La biografía al alcance de cualquier curioso nos dice que el músico checo es autor de los *Brandenbúrgueses en Bohemia* y de la *Novia vendida*, de *Dalibor* y de *Libuse*, de *El beso*, de *El secreto*, y del ciclo de poemas sinfónicos intitolado *Mi patria*, pero lo que no nos dice, aunque bien lo deja adivinar á los que saben leer en las intenciones de su producción, delirantemente nacional y del terruño, que Smetana mejor que fundar la ópera y la sinfonía cheques, no pretendió ambiciosamente, añadir una y otra obra universal al patrimonio de la humanidad. Bebió el vaso de agua pura y cristalina sacada de la propia cisterna, siguiendo en esto el consejo de la Sabiduría.

Bien lo sabe el músico cuando un día escribe: «Mi música es puramente checa, y sólo puede ser concebida en Bohemia»; y otro día: «Después de todo, me es indiferente la difusión de mi música fuera de las fronteras. Le bastará á mi modesta el reconocimiento de mi nación; las ovaciones del público han recompensado más de lo que se cree mis esfuerzos tan puros y sinceros como sagrados».

Se engañaba y quería engañarse al escribir esto, como diciendo con gesto pícaro y fítil un tanto sobre la desnudez de su insensible é ingrata patria, no sólo ingratá é inensurable, sino injuriadora y cruel con el genio de su hijo. El misero Smetana paga la limosna del aplauso con que es acogida la música incomprendida de la *Novia vendida* por un largo menoscambio.

Si apenas le hacían caso en Praga, donde había fundado un Conservatorio, en cambio alentaban al pobre Smetana, un Franz Liszt, inteligente y altruista siempre, y Clara Wieck, la viuda del desechado Schumann. Diríase que el misero Smetana era el digno músico de una corte abandonada, al contemplar tocando, durante una hora cada día, el piano de aquel viejo castillo para distraer al anciano emperador su imperio. Cuando su sucesor Francisco-José contrajo nupcias con Elisabeth de Baviera, el compositor checo no logró permiso para dedicarle á la pareja imperial austriaca su *Sinfonía triunfal*. El triunfo que le tocaba en suerte al misero maestro consistía en dar lecciones y más lecciones, sin que bastasen para proporcionararle un pedazo de pan. La nación y la música checa reconocen tardíamente sus derechos, y una Alteza imperial se digna dirigir la palabra á Smetana, pero ¡ay! Smetana, está sordo. Francisco-José entra en 1901 en Praga, y para festejar la reconciliación, los acentos de una ópera de Smetana le dan la bienvenida, pero ¡ay! Smetana ha muerto.

Murió en 1884, á los sesenta años. Todo el horror de su destino no consistió en la indiferencia y en el desprecio, en la ingratitude de su siglo y su patria. Había uñas horrores en el fondo de su infame existencia; «la miseria, luego la sordera y por último la locura» fueron los trágicos obreros de tan desgraciada estrella.

La sordera, más horrorosa, quizá, que la del mismo Beethoven, le obliga á abandonar la batuta y la dirección musical del teatro checo. Sus enemigos triunfan, y los ímpios en la vergenza le insultan en su enfermedad misma. Pasa su horrible sordera de ciudad en ciudad, buscando sino la curación, alivio á sus padecimientos. El techo de su buena hija le acoge allá en el fondo de un caserío. Allí pasará los diez años que le restan de vida ó más bien que le faltan para morir.

Años de agonía y, á pesar de todo, «de geuio»—afirma su biógrafo—«por lo meos en ciertas obras, en el *Beso*, en el *Secreto*, sobre todo en los poemas sinfónicos dedicados á su ingrata patria, y no menos en los dos cuartetos autobiográficos intitolados: *Mi vida*. Después de comentar el primero, oigamos lo que añade: «Esto es lo que en síntesis significa esta composición, que en cierto modo es una obra privada, y, causa de esto, escrita para cuatro instrumentos que hablan intimamente entre sí de lo que me aflige por tal modo tan profundamente. Nada más».

Si, nada más que la adición de cada día más profunda. «Yo mismo me maravillo de que pueda soportar la vida en medio de tan rudos golpes de la suerte. No solamente sufro mi enfermedad sino que sumo a la preocupación de ganarme el sustento. No sólo no he recibido ninguna remuneración desde el mes de mayo (1877)

sino que no tengo un céntimo para comer... Mi añagarga es grande, y no sé qué será de mí. Pero ¡ah! la sordera de Smetana es más terriblemente trágica que la de Beethoven. No es silenciosa ni en el uno ni en el otro. En ambos va acompañada de horrible borboreo. Pero Beethoven había encontrado en su alma, en medio de sus sufrimientos, una ciudadela, un santuario inviolable. No así Smetana condenado á unir en su doble miseria el infortunio de Beethoven y el más triste de Schumann, pues el desorden de un sentido sólo era el síntoma de más funestas extralío. Análizaban en ocasiones dolorosas deseos. Corría á Praga la noche en que se representaba una de sus óperas. «Tal era mi aturdimiento que á penas sí podía darme cuenta de nada... Pero ¡ay! yo era el único entre aquella multitud que de toda la música, de mi propia música, no oía un solo sonido».

Presentáronse á no tardar los últimos lamentables trances. Bien los acusan los epigramas de ciertas partituras. Este: «A despecho de continuos y terribles esfuerzos». La penúltima obra de Smetana, como escribe el biógrafo, «obra de un sordo y medio loco», llámase *el Muro del Diablo*, simbólico título, algo así como el muro en que se abroqueló el genio del artista arrastrado por no se adivina que pujanza infernal.

De su última ópera, *Viola*, sólo se poseen algunos fragmentos. El enfermo incurable, el moribundo trabajaba con la exaltación insana que es preludio del delirio. «*Viola*! Mi pecho se dilata de orgullo al pensar que me sea reservada esa gloria artística... ¡Oh *Viola*! Cúnta á esos señores de Praga como mi alma se ahoga en lágrimas... Yo les enviaré esas melodías divinas del primer acto, para que la voluptuosidad les alegre y distraiga. ¿Soy ó no soy, como ellos quieren, un ángel?». A continuación algunas palabras ininteligibles. Sin que pudiera terminar su última obra, fué encerrado en un manicomio, y murió al cabo de poco tiempo, víctima del menoscambio de los suyos y de sobrehumanos padecimientos.

FELIPE PEDRELL

Cotidianas

No podemos ocupar los españoles nuestra consanguinidad con el bueno del corregidor de Almagro. Porque les han robado la liconde de nuestros pecinos de arriba no parece sino hayamos sufrido una desgracia nacional. Lo que se infiere del tal robo, si es que no ha sido un rapto, es que los franceses no vigilaban como era debido. A nosotros debe tenernos sin cuidado puesto que en el Museo del Prado tenemos otra Monna Lisa, tan buena como la de París.

Si á llorar fuéramos por la pérdida de cuadros, tendríamos que comprar sábanas, en vez de pañuelos de bolsillo para enjugar nos las lágrimas. Desde 1808 á 1814 los franceses se llevaron de España infinidad de obras de arte: de Sevilla, de Granada, de Burgos, de Córdoba, de Madrid, de Zaragoza, de Oiedo, de Valladolid. Lo que añagaron el mariscal Soult, el mariscal Massena y el general Hugo no tiene fin ni cuenta. Era la época que Pablo Luis Courier denominaba «de nuestros ilustres pillajes». Algo se devolvió, pero sin comparación con lo que se anexaron y es hoy orgullo del Louvre. Y lo que se llevaron de Simancas y de las Catedrales! En la de Tarragona no dejaron ni una patena, y por eso se están pobres en orfebrería.

Considéense, pues, los franceses, ya que éstos los puede ocurrir lo mismo. Además sólo fueron ellos principalmente los que echaron á perder la Cena de Leonardo cuando su ocupación de Milán, convirtiendo el refectorio en cuadra de caballería?

España debería estar ya curada de éspanto y no ofigrirse en tanto extremo. Cada día se nos llevan peregrinas obras de arte, y nuestros gobiernos, que pogan á 14 duros diarios á los médicos inspectores de sanidad, para hacer que hacemos, dejaron que se fueran á Cluny las coronas de Guazaraz y al Louvre la Dama de Elche.

Conque, paciencia y barajar. CUALQUIERA

Cartas de un filósofo rústico

TURISTA EN BARCELONA

Pedro amigo: He de hablarte hoy de indumentaria. Dígetelo así, por lo fino, porque algo se me pega de este hástep que sabe tanto y luego para acostumbrarte y acostumbrarás á usar de algún que otro enfumado en esta epistola, ya que la materia es un sí no es bellísimo, tratándose, sobre todo, de femeniles atavíos.

En el caso, que en cuanto llegué y me eché á la calle y me metí por esta hermosísima llambra, quedéme con los ojos muy abiertos al ver tanta gente, que ya te dije que iban y venían y volvían atrás y echaban adelante, en una que á mí me pareció confusión, como si á aquellas gentes las hubieran dado unelta de una casa de orates. Pero lo que más asombro me dejó no fué esto, sino la luz de tanísima lámpara, lo cual me pareció, no iluminación eléctrica, sino día de sélo y cuento de hadas. ¡Oh, qué hermosa y cómo me quedé ya de éxtasis y embobado! Naturalmente, entre este arrobamiento mío y el no saber bien, por falta de costumbre, en este río humano, lo primero que hice, en cuanto me metí en él, fué ir contra la corriente y aquí recibía un

plisotón y un empellón más abajo, de tal modo, que cuando al fin entré en vereda, parecióme que todos los codos barceloneses habían tenido trato con mi cuerpo.

Pero, amigo. Dios, entrar en vereda y acostumbrarse más ojos á esta luz deslumbrante y quedar más estupefacto aún al ver las muchas mujeres que por allí andaban, fué todo una cosa misma. Ello es que á la luz de la electricidad parecíanse todas hermosas y todas graciosas y todas elegantes á la casa que no todas, las más lo son. Claro está que esto de la hermosura demerese mucho bajo la luz más difusa del sol y en cuanto te acercas a poco; pero, vaya, que hay aquí un mujerío que ya lo quisieran para él otras capitales de más fama para sus días de feria. Verdad es que yo no conozco otras capitales; pero así me lo figuro.

Pero yo rústico, yo filósofo, yo metido en años, hícame de cruces al notar que muchisimas de estas mujeres visten y no saben de lejes si visten ó... no visten, y á treinta pasos, en un que algunas las habes, no me heas mujeres á hombres con caranchos en la cabeza. Unos hombres muy gentiles, no vayas á creer, con unos andares muy ceñidos; pero tales van de ajustadas, que no sabes á cierta distancia si llevan faldas ó pantalones.

La silleta, como te digo, es esta, pero te acercas un poco y algunas hay que mejor fuera que se metieran en casa y no salieran por ahí á enseñar la configuración. Dígete, amigo, que á causa de esto creería cualquiera que aquí todo el monte es orégano y la verdad es que un rústico como yo, siquier filósofo y no sé si así decir á las mujeres buenas de las de incierta vida más que mirándolas á los ojos y á la faz, que es en lo que á las puede distinguir; pero ni aun esto es fácil porque las que llevan sombrero se quedan con los ojos en una penumbra que no sabe lo que son como mala, con curiosidad, no con burla, y á lo mejor puedes engañarte tomando ríbanos por esoballas.

De las francesas de que te hablé en mi anterior y luego me enteré que no son más que unas ías andariegas y busconas, de quienes Dios nos guarde, á algunas señoras y señoras y señoras muy buenas y muy recatadas, no va el canto de una peseta en cuanto al modo de vestir, y como este vestir tan ceñido obliga á andar á pasito corto y de cierta manera, sucede que unas y otras tienen unos andares muy parecidos y muy peligrosos, no ya por el riesgo de caerse si más sencillo tropiezo, sino por el de hacer caer á los hombres en la tentación de decirles ciertas cosas. Casos han sucedido, no creas,—y esto lo sé por mi compañero el sabio de la posada—en que ha habido hombre que se ha llevado un bofetón de los que levantan ronchas, por una equivocación de esas.

Porque mira, hijo: la falda es la misma, ceñida, ceñida, ceñida, y de poquísimo vuelo por abajo, tan escaso que sólo permite dar unos pasos cortitos y trabados, de modo que á ojo puede calcular cuanto tiene de diámetro tal cosa, cuanto tal otra hasta el tobillo. Y nada me digo de los arremangamientos hasta el codo y tan más arriba, cosas que siempre se había tenido por propia de fragateras y marionetas, porque lo demás del entrebrazo y del cuello y de la manga y algo de la espalda suelo ir cubierto en muchas con tan sutiles telas y tan innumerables agujeritos, que lo mismo me quedo cuando las llevo que cuando no. Poco que tú quieras también conocer el valor de ello, el bien alguna vez te dan la castaña, según me ha dicho un urbano á quien le pregunté por una rubia que pasaba:

—¿Rubia es? Como el tizne, señor.

Y luego me dijo cómo y de qué manera se viste una mujer en los días que se visita casa y brazos y pescanzeo, de modo que deben saber más química que LaVoislier. Sin embargo, yo no me fio tampoco del urbano, no obstante su caso y su cascaca roja, y he de enterarme mejor, porque ya esto es más gordo.

Pero sigamos con la indumentaria, porque me interesa más en los dominios de la química y la pintura, y dígete que como van tan ceñidas no tienen donde interese el pañuelo y el dinero para dar limosna ó pagar el tranvía ó el coche, y luego el pomito de esencias y por fin el librito de devoción, que, aunque parezca mentira, «sí, vestidas así, las hay que van tan más arriba, cosas que siempre se había tenido por propia de fragateras y marionetas, porque lo demás del entrebrazo y del cuello y de la manga y algo de la espalda suelo ir cubierto en muchas con tan sutiles telas y tan innumerables agujeritos, que lo mismo me quedo cuando las llevo que cuando no. Poco que tú quieras también conocer el valor de ello, el bien alguna vez te dan la castaña, según me ha dicho un urbano á quien le pregunté por una rubia que pasaba:

—¿Rubia es? Como el tizne, señor.

Ahora dime tú lo que las pasará á estas mujeres si de pronto apareciese por un extremo de la Ramba un toro escapado de la plaza con un par de enormes alfileres y que si cogen un poco de viento las suspende en el aire, con las piernas trabadas, la mano derecha empleada en sostener el pesado bolso, la izquierda con la sombrilla, el abanico pendiente del cuello y algunas teniendo que aguantar por medio de una cinta ó cadenilla un perito voluntarioso... Figúrate tú las que caerían de brucos, los sombreros que volarían por ahí y cómo quedaría sembrado el suelo de bolsones.

Las otras tú las platicando estaba yo con el urbano que quería adquirir noticias, y en esto vi pasar á una francesa de esas de que ya te hablé cargada con todos los arcos que te he descrito y más ceñida que una momia egipcia. Iba ella muy satisfecha, ziz-zás, con aquel taconeo de unos tacones de á palmo que ahora me digas que no es una grújilla, que aquí abundan, y le dí, corriendo, un castañazo en el dorso. Se columpió de atrás á delante dos veces, si cae ó no cae, y ni pudo correr ni pudo saltar el perrito ni tirar el bolso: quedó allí clavada por los tacones; pero de un boca salieron en castellano chaparrado tales cosas, que yo no me acordaré los tijares para no caerse al suelo de risa.

Pero lo que más risa me dió no fué esto, sino que el urbano, con su cascaca roja y sus alcañotes así correr tras el obichillo.

EN LOQUELADO PARLADO.

Expedición alemana al Polo Sur

Se encuentra en Buenos Aires, donde permanecerá tres meses, el buque «Deutschland», que conduce al personal de la expedición antártica alemana, que permanecerá en aquel puerto, donde espera la llegada de su jefe, Leniente Filchner, que actualmente se encuentra en Alemania.

Lleva como propósito principal esta expedición explorar las zonas más interiores del continente polar y establecer las relaciones entre las masas terrestres antárticas orientales y occidentales.

Tratará de buscar también la tierra de Coats, descubierta en 1804 por Brúnce, y al llegar al Sur hasta donde sea posible, fijar una estación que será el centro de todas sus exploraciones, debiendo funcionar por lo menos durante un año, pues desde ella se harán los viajes al interior, por medio de trineos.

La expedición Filchner es sin duda una de las más bien organizadas, dada la importancia de los preparativos realizados, así como la provisión y los grandes medios de transporte con que cuenta.

Basta decir que en su arreglo se tomaron en consideración todas las experiencias de las expediciones anteriores. Llevará, varios trineos automoviles, contruidos, según el modelo de Nansen, de tres metros y medio de largo y uno y cuarlo de ancho, que han sido ensayados previamente, con resultados satisfactorios, en Noruega y las selvas bávaras.

También se efectuará la tracción con un buen número de perros y caballos sspañes.

La provisión de víveres está calculada para tres años y medio (200 toneladas).

Es el «Deutschland» un excelente bañero ya avazado en esta clase de operaciones, pues reune todas las condiciones necesarias para resistir las presiones de los hielos. Fue construido en 1895, de encina y otras maderas similares y bien forrado.

Además de estar aparejado como barco á vela cuenta con una máquina auxiliar, que con tiempo favorable y un gasto de cinco toneladas diarias de carbón puede recorrer diez millas marinas por hora.

Para dar cuenta de la importancia de esta expedición basta saber que los gastos se calculan en 1.400.000 marcos, para cubrir cuantuma el gobierno alemán ha autorizado una lotería de 800.000 marcos.

El resto ha sido recolectado por medio de donaciones.

Entre el personal de esta expedición figuran hombres de ciencia que han practicado interesantes estudios sobre las desconocidas regiones antárticas.

La expedición, que se compone de treinta y cinco personas, está bajo el protectorado del príncipe Leopoldo de Baviera.

Su jefe es el sabio explorador de la China y del Tibet Leniente primero bávaro doctor Guillermo Filchner; segundo jefe, el geógrafo doctor H. Seelheim; meteorólogo, doctor Barcos; oceanógrafo, doctor W. Breuncke; geólogo, doctor Helm, y médicos, doctoras Kott y Wechter.

La dirección náutica está á cargo del capitán H. Vahsel, jefe de la tripulación, todo lo cual es una garantía para el completo éxito de la expedición antártica alemana.

Hojeando la prensa

De La Epoca:

«El Imparcial publica hoy acerca de la cuestión de los consumos, un artículo, cuyas conclusiones ratifican lo que de antemano habíamos anunciado».

Reconoce el colega que los mayores beneficios de la reforma son para las clases que menos los necesitan, y el dato más importante para los asegurados de todas las categorías es que los cuartos de precios altos bajan, pero los cuartos de precios medios suben; que la arbitrariedad y el desconocimiento han presidido la confección de las tarifas del impuesto de inmuebles».

El colega no habla más que de la cuestión de los alquileres; pero hay otras importantísimas, como la situación económica, el alza de los conflictos que por esta causa han de surgir en el próximo invierno, el daño que se ha causado á ciertas industrias y la paralización de las obras».

«Mala habría sido siempre la sustitución de los consumos; pero en la forma en que se ha llevado á cabo, resulta un desastre de funestas consecuencias».

El Daily Express, como resultado de una investigación todo lo más precisa que le ha sido posible, publica los siguientes datos que revelan el enorme perjuicio producido por la huelga de Inglaterra:

«Muertos, 19; heridos, 450; detenciones, 300; soldados que se han empleado en sofocar el movimiento, 50.000; ídem voluntarios, 6.000; viajeros perjudicados, seis millones; pérdidas de las compañías, cinco millones de francos; ídem de los empleados, 17.500.000 francos; pérdidas en el tráfico de mercancías, 7.500.000 francos; pérdidas de dividendos, cinco millones; longitud de líneas afectadas, 80.000 kilómetros».

Todo esto, claro es, sin que se atienda á las reparações.

Apenas hay industria á la que no hayan alcanzado los efectos de la huelga. A causa de la imposibilidad de procesar las primeras materias ó de expeditir las mercancías, centenares de fábricas han cerrado sus puertas y millones de trabajadores se han visto condenados al paro forzoso».

Hay que tener presente que estos enormes daños se produjeron en el breve espacio de cincuenta horas que ha durado».

De El Universo:

«Los estudiantes portugueses G. de Santa Rita, habitante en el bulevar San Miguel, núm. 51, y José Camps, habitante en el bulevar de Santiago, núm. 39, pensionados del Estado, se encuentran desde hace tres meses sin recursos, no habiendo recibido su pensión que es de 333 pesetas mensuales».

Los estudiantes Francisco Franco, habitante en el bulevar San Miguel, núm. 51, y Dordio Gómez, habitante en la avenida de España, núm. 59, pensionados del delegado Valmor, del cual el Estado es simple administrador, cuyos cargos han obtenido un concurso público, se encuentran en idéntica situación; hace tres meses que no perciben su pensión».

No teniendo dinero para pagar á los primeros y queriendo servir del concurso público para contribuir á la Carbonada y satisfacer el importe